

Francia; las campañas de Lombardía, donde tan mal la hubieron los franceses; la efímera invasión de Navarra por el rey de Francia; la toma de Fuenterrabía; los polvorosos y ciegos alborotos de las Comunidades castellanas; la Liga Santa; la toma de Rodas por los turcos, que envió al infierno una espesa y absurda lluvia de almas, señaladas las más con cruces blancas y las otras con tatuajes bárbaros; la conquista de Belgrado, que es la puerta de Hungría; y la puerta de Hungría, abierta a los enemigos de la Cruz de Cristo, por quien nunca era de esperar y de quien nadie se hubiera atrevido a temer, según un rumor recogido por el propio Polípragmón en sus correrías por el mundo cristiano. Rodas, Belgrado, Hungría: ¿De cuándo acá no volvieron a sonar esos nombres?

Harto se ve que Polípragmón se esfuerza por ser imparcial, por ser objetivo. Pero qué duras verdades, insinúa Tiresias, el que a nadie engañó jamás; insinúa más queno las dice. Yaquella tajante sentencia final de Minos: *¿Qué son sino pillaje y latrocinio puro las guerras entre cristianos?* En un verso de Homero, recordado por Tiresias, dícese que en la guerra de Troya andaban empeñados, mitad por mitad, el estúpido furor de los reyes y la furia ciega de los pueblos.

Con acento más patético que el Petrarca herido en su pecho por blandos dardos de amor, pudiera clamar Luis Vives, vulnerado por el espectáculo de tantas discordias:

I vo gridando: Pace, pace, pace!

Paz con todos, paz universal es la que predica Luis Vives. Aun una cruzada contra los turcos no sabe

Luis Vives si merecería la bendición de Cristo; pero, sobre todo, encarece la paz entre los príncipes cristianos. Paz que sería muy factible si *aquellos dos jóvenes* (leed Carlos V y Francisco I), contentándose con sus muy dilatados imperios, pudieran avenirse a vivir en sabrosa concordia. No iba a ser estorbo *aquel tercero* (leed Enrique VIII) que envió socorro a la cristiana Hungría a través de tanta interposición de tierra y de mares, a pesar de su relativa seguridad en la isla separada del orbe. Hizo lo que pudo porque entendió que, si bien en regiones remotas, se debatía algún interés suyo en aquella brava y casi desesperada contienda.

Un cálido acento como de apóstol salido del Cenáculo donde recibió la manda suprema del amor tiene esa evangelización de la paz, predicada por nuestro Luis Vives. Su voz parécese admirablemente a otra voz que tiene el consuelo de oír ese mundo nuestro que suda sangre: la voz de Pío XII, patético, blanco, augusto entre humos, fragores y ruinas.

—¿Piensas que van a hacerlo así aquellos reyes mozos?, pregunta Minos a Tiresias.

—Acaso sí; acaso no; pero lo que sí afirmo es que si no lo hicieren vendrá tiempo, ¡ojalá no pronto!, en que querrán haberlo hecho, ¡ojalá no tarde!

LORENZO RIBER.

(De la Real Academia Española.)

DIALOGO

MINOS, TIRESIAS, BASILIO COLAX, POLIPRAGMÓN,
ESCIPIÓN, SOMBRAS.

MINOS

¿Podrías decirnos, Tiresias, en qué estado se hallan, allá arriba, los negocios de los hombres? Pues las almas caen aquí tan espesas como el granizo sacudido por algún arrebatado turbión, como las hojas otoñales arrancadas por el soplo de Bóreas.

TIRESIAS

¿Y por qué tú, con mucho mejor acuerdo, no interrogas a alguno de los que vienen por acá, que sea un hombre de negocios o que tenga experiencia de la vida cortesana?

MINOS

Por Ditis, que no es malo este consejo. ¡Ah, de las Sombras! ¿Cuál de vosotras conoce bien, y punto por punto, las cosas humanas que ha poco abandonó?

SOMBRAS

Estas dos, oh Minos, una de las cuales tuvo nego-

LORENZO RIBER

cios en Venecia, Londres, Amberes, Roma, Nápoles, Metimna en la isla de Quios, en Alejandría; y la otra vivió en las cortes de España, Francia, Inglaterra, Roma, desempeñando muchas y prolongadas funciones.

MINOS

Acercaos más. Tú que parece que todavía tienes hambre de oro, ¿cómo te llamaban allá en el mundo?

SOMBRAS

Polipragmón.

MINOS

Y a ti, cochino de la piara de Epicuro, ¿con qué lindo nombre te vamos a denominar?

SOMBRAS

Con muchos nombres e ilustres, Minos; pues soy nacido de muchos linajes y familias, y llevo los nombres de todos, porque no sufra merma mi nobleza y porque ninguna de estas familias cede a la otra en riquezas, en dignidad, en claros hechos...

MINOS

Basta de procinios; ¿cuántos por fin?

SOMBRAS

Llámome Basilio, Gnatón, Colax, Afeite, Polilla de

Palacio, Demóvoro, y por mi línea materna me rehonoré al rey Midas.

MINOS

Y esta es tu alabanza mejor. Espántome que tengas espaldas asaz anchas para sostener tan grandes nombres; pero valga por todos ellos el de Colax, pues así será más breve: dinos, ¿en qué estado se hallan los negocios humanos?...

POLIPRAGMÓN

Se come, Minos, se bebe a chorro suelto; muchos fornican; adulteran muchos; juégase a los naipes, se ahitan los ricos, se adelgazan los pobres; quien no tiene, da; quien tiene, recibe; se compra lo más barato posible; se vende lo más caro posible; las mercancías se averían; hace bancarrota la lealtad.

MINOS

¿Qué hacen los reyes? ¿Qué los cristianos? ¿Qué el turco?

POLIPRAGMÓN

Esto mismo, poco más o menos, y todo es guerra; todo es revuelta y odio.

MINOS

No entre los cristianos, a buen seguro, pues a éstos ninguna otra encomienda les dejó con más ahinco y

cuidado aquel Maestro de sabiduría celestial que el amor mutuo, y quiso que ése fuese el distintivo de los suyos.

POLIPRAGMÓN

Con todo, en ningún tiempo ni en lugar alguno hubo odios tan grandes como entre ellos. En la Antigüedad hubo, sí, odios entre las gentes de Asia y las de Europa, porque parecían separadas por el mar, o entre dos grandes imperios como los lacedemonios y los atenienses, los cartagineses y los romanos, o entre quienes contendían acerca de la delimitación de las fronteras respectivas. Ahora, en cambio, entre provincias limítrofes existe odio manifiesto, irreconciliable, que no se aplaca con ninguna mediación ni por beneficio ninguno puede quitarse ni extinguirse: el italiano siente ascos y aborrecimiento de todos los trasalpinos, como si fueran bárbaros; el francés escupe al nombre del inglés; éste no quiere demasiado a los escoceses y a los franceses; entre franceses y españoles, de recuerdo nuestro, hubo bravas batallas, no sin matanzas grandes, que han dejado en todos los pechos una vivaz semilla de odios. ¡Ojalá la discordia no pasase de estos lindes; pero penetra en lo más íntimo. En un mismo señorío hay ciudades enemigas entre sí por un regatillo de agua, por un pedazo de campo; y en la misma ciudad hay facciones enconadas: los Colonna y los Orsini, en Roma; los Adorni y los Fragozi, en Génova; los Aragoneses y los Angevinos, en Nápoles; los Velascos y los Manriques, en España; y en esas facciones se precipitan todos, sin seso, sin tino; el padre entrega como una herencia esas rivalidades a sus hijos; los enemigos nacen, no se hacen; y aun los diferentes barrios de una mis-

ma ciudad son mutuos atizadores de discordias; el hermano nacido en este barrio es enemigo del hermano nacido en otro barrio y, si es menester, le hará frente en pugna abierta; los seglares están contra los eclesiásticos; la plebe contra la nobleza; los súbditos quieren mal a quien les manda, y ése les corresponde con su desafecto; en las escuelas, en la Filosofía, es decir, en la propia morada de la templanza, del comedimiento, de la paz, de la quietud, de la tranquilidad, de la sabrosa convivencia existen rencillas y a veces odios capitales entre los estudiosos de la lengua latina y la griega, entre los que se dedican a la Dialéctica y a la Filosofía moral, entre aquellos que se gozan con las polémicas y los altercados y quienes se contentan del estudio reposado y tranquilo. ¿Y qué diré que hay entre los que se consagran a la misma especialidad? Peleas, muertes por cualquier quisicosa; antipatías violentas entre simpatizantes con Santo Tomás, con Duns Escoto o con Ocam. Menos maravilla me produce que existan grandes odios entre luteranos y antiluteranos; lo que más me duele es que los unos estén tan sañudos y enconados contra los otros que quisieran verles perdidos, descuartizados, antes que enmendados; tanta es la ferocidad con que se combaten que parecen no perseguir otro fin que el respectivo aniquilamiento. Y ni aun entre los mismos luteranos media el amor y la concordia, siendo así que de la boca no les caen más palabras que fe, que Evangelio, que caridad. Y aun entre los que hicieron profesión expresa de caridad perfecta, que por eso se llaman frailes o hermanos, ¡cuántas desavenencias! ¡Y cuán sangrientas, a veces! El monje se ensaña en el mendicante, el minorita en el dominico, el minorita claustral en el observante. ¡Qué de recriminaciones, qué

de ultrajes, qué de amenazas, qué de implacables persecuciones!

MINOS

Háblanos ya de las guerras, pues parece estar informado puntualmente de todo lo que pasa entre los hombres.

POLIPRAGMÓN

No es extraño, pues viví en tales lugares y entre tales hombres donde no se ignora, como dijo el satírico romano, lo que se hace en el mundo todo. Con más diligencia indagamos nosotros esto por el aliciente de un pequeño lucro que aquellos mismos cuya vida y fortuna estriban en esto, pues los mismos príncipes nos preguntan qué novedades hay.

Hubo, pues, un tal Alfonso, rey de Aragón (pienso que debo empezar por aquí), que adoptado por Juana, reina de Nápoles, con una armada imponente y con un ejército poderoso marchó a Nápoles, y hecho primeramente prisionero de los genoveses y luego libertado con todos los honores y ayudado generosa y eficazmente por Felipe, Duque de Milán, tomó aquel reino tras un largo sitio, después de haber expulsado a Renato de Anjou, a quien la misma reina Juana posteriormente había adoptado con inconstancia mujeril.

Este movimiento ocasiona trastornos a Italia, mientras el nuevo rey mantiene suspensos y preocupados a los pueblos de la península, muchos de ellos hostigados por la guerra; el turco expugna Constantinopla y luego, aprovechando la ocasión propicia, se apodera de

Trebizonda con toda la orilla del Ponto, que ya de antiguo amenazaba. Desde Italia no fué posible acudir en socorro de los cristianos. El occidente por aquel tiempo estaba asaz quieto y sosegado. Borgoñones y bretones creaban entorpecimiento a los franceses. Renato, que sobrevivió a su hijo Juan, nombró heredero a Carlos, hijo de su hermano; éste, que no tenía hijos, dejó a Luis, rey de Francia, el reino de Nápoles, vivaz atizadero de guerra, pero por instinto siempre tuvo aversión a Italia.

TIRESIAS

No sé en otros asuntos hasta qué punto fué prudente, mas en éste no sólo fué discreto en grado sumo, sino hasta profeta.

POLIPRAGMÓN

Así que la espinosa causa de Nápoles estuvo algún tiempo tranquila, con gran suerte para la Francia; pero no fué duradera. Pero habiendo subido al trono el rey Carlos VIII creyó ser la más urgente y hermosa hazaña reconquistar aquel reino por la fuerza de las armas y agregarlo a su ya pujante señorío; reunió un gran ejército, y la trepidación de su marcha hizo retemblar a Francia, a Italia, a España.

MINOS

Me acuerdo de él; ¿una fiercecilla tal, tan pequeña, tan fea promovía tamaño alboroto? ¡Y tan en breve como había de perecer!

POLIPRAGMÓN

Eso él ni lo sabía ni lo temía. Había llegado al más floreciente de los reinos, joven, amado, deseado de los suyos y especialmente de la sufrida nobleza harta de soportar la maldad odiosa de su padre; de dondequiera habíase atraído soldados con su largueza y con la esperanza de un botín opíparo.

El turco, mientras tanto, fuerte por nuestras discordias, campeó más a sus anchas; se apoderó de la parte más hermosa y notable de la Eubea, de Grecia, de Macedonia, de las islas del mar Egeo. Mientras los cristianos se pelean por un puñado de tierra, el turco los quita un dominio inmenso; mucho proyectan nuestros hombres; mucho se reunen, pero todo en vano.

TIRESIAS

Antes que los cristianos entre sí, deliberarán y resolverán acerca de la común salud los lobos y los corderos, ¿cómo jamás podrá ser de otra manera, si así que se abre la discusión sobre la cosa pública nadie atiende a ella sino a la suya privada?

POLIPRAGMÓN

Carlos abrió los Alpes.

TIRESIAS

Quieres decir que franqueó el camino a las rapiñas, a las matanzas, a la miseria de Francia.

POLIPRAGMÓN

Pasó a Italia con el más poderoso de los ejércitos, pero lo consumió todo en la empresa; aterroriza Italia y la Urbe, expugna el reino, regresa a Francia no sin peligro, puesto que tuvo que combatir en la Insubria. ¡Cuánto aparato para tan breve comedia! Pocos días después, aquel reino se escinde de Francia y ese rey muere.

TIRESIAS

Esta es la moraleja de toda fábula; y nadie escarmenta en cabeza ajena; nadie se vuelve más cauto.

POLIPRAGMÓN

Sucédele Luis, que no solamente reclama el derecho sobre Nápoles, sino también sobre Milán.

El turco Bajazeta (muerto entre nosotros su hermano, es fama que por hierbas, atentado que fué la más trágica de las estupideces) alegróse de ello y empezó a hacerlo que dicen que aquel aldeano enseñó en sus apólogos que hicieran sus hijos, a saber: quebrar una tras otra las varas que juntas no podrían; comenzó a echar mano de cuanta presa descaba y a detenerse luego y mantenerse quieto, mientras la fortifica y la establece sólidamente en su poder porque no fuera fácil arrebatársela.

El rey Luis recibe Milán de manos de Luis Sforza y prisionero enséñale a los franceses.

TIRESIAS

¡Hazaña grande ésa: llevar a un hombre vencido y maniatado adonde te viniere en gana y mostrarle a quien quisieres!

POLIPRAGMÓN

Puso sus miras en Nápoles y la suerte no le fué contraria: tomó a Nápoles; pero así que Fernando, rey de España, vió aquel reino opulentísimo abandonado como nueva presa fácil en medio de la fortuna de la guerra, envió allí una gran armada, primeramente con el pretexto de socorrer a su hermana y a la hija de ésta, que estaban casadas con los dos monarcas napolitanos Fernando y Fernandito; hubo varios choques, cuando el francés experimentó que lidiaba con un igual, insinuó la idea de repartirse el botín. Fernando, de momento, no rechazó la propuesta.

TIRESIAS

¡Bellaco! Prefirió llevarse la mitad a arriesgar el todo.

POLIPRAGMÓN

Pero aquellos que en el reino se asocian no guardan fe alguna; los soldados de uno y otro, provocándose con dicerios mutuos, como insolentes que son, o por odio de la quietud que no pueden sufrir porque la paz para ellos es como barbecho que no les produce nada,

quebrantaron el armisticio y en reñida pelea se combatió por la total posesión de uno solo; campeando al viento las banderas, se luchó con grande estrago de uno y otro bando, pero, como el resultado lo demostró, con estrago mayor de los franceses; fueron expulsados del reino; unos pocos que sobrevivieron al choque se acogieron a Milán, que estaba todavía en posesión de los franceses.

TIRESIAS

¡Huy, cena pésima pagada muy cara! La guerra es un navío incómodo: obliga al pasajero a vomitar todo cuanto comió.

MINOS

Abrevia, abrevia.

POLIPRAGMÓN

No puedo ser más breve: sucedió el Papa Julio II.

TIRESIAS

Que fué echar leña al fuego y aceite a la leña.

MINOS

¿A quién sucedió?

LORENZO RIBER

TIRESIAS

A C. César.

POLIPRAGMÓN

Se le ocurrió reivindicar el patrimonio de San Pedro. Así fué que hecho un convenio con los franceses, con los españoles, con los alemanes, invadió el Véneto; los venecianos quedaron harto desplumados. Luego pareció bien limpiar a Italia de las gentes transalpinas, es decir, bárbaras, que ése es el calificativo que les dan; plúgole comenzar la limpieza por los franceses y para esta empresa abusar de las armas españolas, a quienes harto pronto tocaría su vez.

Se luchó en las cercanías de Rávena, en duro y sangriento combate. Vencieron los franceses, pero con quebranto tan grave que no se pudieron sostener en Italia.

TIRESIAS

Así fué, en efecto, para confirmar el viejo proverbio: *Percieron los vencedores, lloraron los vencidos.*

POLIPRAGMÓN

Con la muerte de Julio, los españoles se escaparon de la guerra que sin duda les esperaba, si a aquel decidido defensor del patrimonio de San Pedro le tocara una vida más larga, por favor de San Pedro. A pesar de

todo, la guerra, como una herencia, se reservó para su sucesor León. Este, con promesas tentadoras, trató de ganar a los reyes de España y de Inglaterra para la causa de la guerra, en la cual Navarra fué la presa de Fernando, y Jacobo, rey de Escocia, fué muerto en el campo por los ingleses.

TIRESIAS

No todos los que persiguen la pieza la cobran; perecen muchos en la demanda, y al buen anciano de Fernando era razón que se le diera algún premio de su trabajo.

POLIPRAGMÓN

Y así fué que Julio, así como a los franceses les envió naves abarrotadas de furias y de anatemas, a Fernando le envió indulgencias y bendiciones tantas como pudiera apetecer.

TIRESIAS

Esto último para el alma; Navarra para el cuerpo. Si ambos a dos trabajan, es justo que cada uno se lleve su salario.

POLIPRAGMÓN

De la discordia de los confederados nace la paz; Luis murió y poco después Fernando. A Luis sucedióle

Francisco, su yerno, y a Fernando sucedió Carlos, nieto suyo por su hija. Francisco, en el propio comienzo de su reinado, con fuerzas imponentes, se dispone a echar un lazo a aquella Italia que se le huía.

En una batalla encarnizada, pero de resultado ambiguo, dirigida por él, toma Milán.

TIRESIAS

Pero con tan grandes costas que uno no se acaba de admirar de los recursos ubérrimos de Francia, que, segada tantas veces, retoña y reverdece de nuevo y de una sola sementera produce mieses como un suelo inagotable. Malaventurada Francia, triturada, agotada por tanta guerra y tan continuada.

MINOS

Duéleme, por Proserpina, la aflicción de Francia hasta ese extremo. No eres capaz de creer cuán gran número de almas buenas e inocentes vienen a ese tribunal todos los años.

TIRESIAS

Antojáseme, Minos, que eres *filogálatos* (amador de los franceses).

MINOS

No tan *filogálatos*, oh Tiresias, como *filágotos* (amador de los buenos), sean de la nación que fueren.

POLIPRAGMÓN

Halagábase Francisco con la idea de haber hecho una brillante inauguración de su reinado, con haber añadido a su corona una tan rica extensión de territorio. Así fué que determinó darse una temporada de bien ganado descanso, rehacer sus fuerzas y hacer sus aparejos para alguna nueva guerra. En este entreacto, muere el emperador Maximiliano; en la elección de nuevo emperador, con intrigas y dinero a caño suelto entre los electores, compiten Carlos y Francisco, como si se disputasen una mercancía, no un reino.

Aventajábase Francisco en la largueza, pero Carlos en el prestigio, tanto por el linaje, del cual habían salido cinco emperadores uno tras otro, como por el de su nación, porque su línea paterna estaba vinculada en Alemania. Carlos es declarado Emperador. Las raíces de esos grandes odios que nacieron tiempo atrás crecieron de manera alarmante entre esos dos mozos, los más lucidos de la Cristiandad, iguales en nobleza, en riqueza, en dominio, en poder.

TIRESIAS

Añade también que felices para consigo y para sus reinos respectivos si supieran poner templanza en su felicidad, contentándose con imperios extensísimos no adquiridos por el hierro ni la violencia, sino recibidos de sus mayores en herencia de paz.

LORENZO RIBER

POLIPRAGMÓN

Mientras Carlos regresa de España a Alemania para iniciar su reinado, en España se produjeron revueltas del pueblo contra la nobleza y de unas ciudades contra otras.

TIRESIAS

Aquello fué rabia ciega, no disensión; la plebe no sabía lo que quería, por qué había empuñado las armas ni por qué luchaba. La nobleza, en cambio, no ignoraba cuál sería el premio de su guerra.

POLIPRAGMÓN

Asió Francisco esta cómoda oportunidad y envió a España un ejército para apoderarse de Navarra. De ahí nació una guerra que ocasionó a aquella época incalculables daños; Navarra fué ganada por los franceses; y antes de las seis semanas fué perdida por ellos con sangrientas quiebras, pues los españoles, a vistas del enemigo exterior, volvieron contra él su coraje y sus armas. A Carlos, junto a Valenciennes, poco le faltó para ser capturado o sitiado por lo menos.

TIRESIAS

Corre peligro el mismo que le causa; y no hay nadie tan poderoso que pueda estar seguro si tiene un enemigo.

POLIPRAGMÓN

Adhirióse el inglés al partido del César y el escocés al de los franceses. Llegóse a Italia; el Papa se declaró cesariano; Milán fué quitado al francés tras una batalla encarnizada, como también Tournai, en Bélgica; y al César se le tomó en los Pirineos a Fuenterrabía, que luego fué recuperada. Presionado por todos lados el francés, con toda su potencia echóse sobre los soldados del César que habían puesto sitio a Marsella y, habiéndoles echado de allí hacia Italia, persiguióles con una ligereza suma. Y si los cesarianos en su retirada no desplegaron una correlativa celeridad aprovechando todos los atajos, acorralados y fugitivos hubieran sufrido un enorme descalabro o lo hubieran causado quizá reducidos a la desesperación. Trabóse pelca cerca de Ticino, en un espacio cerrado. Allí se infligió una colosal derrota a los franceses y a los soldados helvéticos, parte de los cuales se ahogaron en el río mientras fían su salvación a la huida. *El rey con su estado mayor de nobles cayó en poder de los soldados del César.*

TIRESIAS

Quien llama a sí a la Muerte, que es una perra rabiosa, no puede evitar las mordeduras, y los hay quienes, corriendo, se apresuran a sus propios males.

MINOS

Y en estos momentos, ¿qué hace el turco? ¿Duerme o no duerme?

POLIPRAGMÓN

De ninguna manera. Su nuevo príncipe, para nuestra mayor ignominia, sojuzgó a la isla de Rodas y a Belgrado, que es la puerta de Hungría y de la cristiandad, plazas ambas que fueron inexpugnables para sus mayores.

MINOS

¿Qué es aquesto? ¿Habéis perdido Rodas?

TIRESIAS

¡Qué olvidadizo eres, Minos! ¿No te acuerdas hace tres años, cuán gran número de almas llegaban a nuestro tribunal, en bandadas de miles, heridas las más, enfermas las otras, bien señaladas con unas cruces blancas, bien con tatuajes bárbaros?

MINOS

Sí, me acuerdo. ¿De allí venían?

TIRESIAS

De allí.

POLIPRAGMÓN

Francisco es conducido a España a presencia del César; allí conciertan entre sí la paz. Pero mientras

tanto, plugo al Pontífice y a los venecianos, bien realizar el ideal del Papa Julio, que fué de librar a Italia de la dominación extranjera, bien impedir que el poderío del César, siempre de ellos temido, se afianzase en Italia y tomase bríos; conjuran a las ciudades de Italia que se unan en una Liga que apellidaron Santa.

Francisco es enviado a Francia dejando en rehenes a sus dos hijos pequeños, que debía recibir tan pronto como cumpliese lo convenido entre él y el César; pero el Rey, solicitado por los italianos, ingresó en la Liga Santa.

Por eso difirió el cumplimiento de la promesa; las condiciones de paz parecen a los cesarianos las más justas; a los franceses se les antojan el más inicuo abuso de poder.

Los italianos dicen que Italia no puede tolerar ni un día más la grave y acerba insolencia del soldado español.

TIRESIAS

¡Oh, qué linaje de hombres! ¡Por la fe de los dioses! Nombraste al soldado español. Hay que decir precisamente que todos los soldados son enojadizos, altaneros, y el colmo del descomedimiento. ¿Qué soldado puede sufrirlo su propio padre? El soldado español a ningún otro cede en bellaquería, en descaro, en atrocidad de palabra y de obra, no sé si por una tan continuada serie de victorias. Por ello, yo no dudo que se portaron violenta y desapoderadamente y que perpetraron hazañas copiosas, feas y abominables, en especial cuando se les difería la soldada, y a la postre muy a duras penas les era satisfecha, porque no había de dónde, y

ellos harto lo veían. Esos abusos cométenlos ellos no con mucha desgana, viéndose obligados a cobrar de los vencidos y aun algunas veces de los aliados. Por todas estas causas, concitaron en Italia y en algunas otras naciones un odio feroz contra su príncipe y contra todo nombre español. Aun cuando militan bajo mandos españoles ciertos italianos que contra sus propios paisanos cometen atrocidades mayores que cualquier soldado de España, también a éstos se les llama españoles, porque españolas son las banderas que sirven y español su capitán. Pero yo no puedo decidir si están harto justificadas las quejas de los italianos que promovieron guerra en la sazón más inoportuna. Por otra parte, en todo tiempo el vencedor es visto con malos ojos; y esta antipatía les es común con todas las demás provincias que, vencidas y sojuzgadas, son regidas por un mando ajeno, como afirmó Marco Tulio en su defensa de Flaco.

POLIPRAGMÓN

El turco, ese mes, pasó el Danubio, con un potente ejército; invadió Hungría y en batalla campal derrotó a los nuestros y entre ellos a su rey, todavía en su verde muchachez, no sin grande matanza de turcos, pues los bohemios y los restantes alemanes defendieron encarnizadamente el lugar que ocuparan al comienzo de la batalla; pero la enorme superioridad numérica del enemigo les aplastó, y la huida de algunos elementos que flaquearon abrió una brecha en sus filas, las desbarató y las ofreció a los alfanjes hostiles. Después de esto, el turco, derramado por Hungría, saqueó, pasó a fuego y sangre las ciudades, robó los ganados y sembró matanza y estrago dondequiera. Lúchase en la actualidad con

gran encarnizamiento entre cesarianos y confederados por la posesión de la Insubria; y pésame de verdad de que no me haya tocado una vida más larga para ver el desenlace de ese drama tan truculento y tan doloroso.

MINOS

Asaz bien cumpliste tu cometido, Polipragmón; me has explicado el porqué de esa tan copiosa lluvia de almas; con imparcialidad y método hiciste la enumeración de tantos pillajes. ¿Qué son si no pillajes y latrocinio puro las guerras entre cristianos? Locuras son, que no guerras. Dime: después de tanto gasto, tantos azares, tantos peligros, ¿qué parte de las contendientes se hizo más rica o de mejor condición?

POLIPRAGMÓN

¡Oh, Minos! Los unos y los otros y los que con ellos se asociaron están todos exhaustos, sus reinos pillados, su nobleza quebrantada y escindida, igualadas con el suelo ciudades otrora florecientes, las tierras esquilgadas y hechas campos de soledad. Esto fué lo que se buscó con tantos trabajos y con tantos males infligidos y recibidos de una parte y de otra.

MINOS

¿Pero todo ello será verdad, Tiresias?

TIRESIAS

Es verdad pura, ahogada en sangre. ¡Ay, cuánto pudo realizarse por tierra y por mar con tanta sangre

como bebieron las diestras, armadas en guerra civil!
 No solamente abolir el poder del turco, sino también sojuzgar toda cuanta tierra y toda cuanta agua se dilatan entre el sol que nace y el sol que va a la puesta.

MINOS

Por todo esto que veo, yesca y nodriza de todas las guerras es Italia. Allí tuvieron su origen esas guerras entre vosotros, y todas las de esos tiempos fueron atizadas y reencendidas por aquellos hombres; Italia en su mayor parte ha sido su teatro. ¿Por qué no se hace a los italianos la donación exclusiva de las guerras y les dejan usufructuar propiedad tan perniciosa para quien la posee?

TIRESIAS

Ninguna otra cosa más conveniente para España y Francia, oh Minos. Ojalá los transalpinos llegaran a esa determinación. Esos dos reinos vecinos o, mejor, la Cristiandad toda viviría tranquila, risueña, floreciente de población y riqueza, sería amiga entre sí. Entonces fueran más firmes los recursos del orbe cristiano, su fuerza toda, todo su poderío militar infundirían miedo en el turco; pero, aparte de que les parece un premio digno de la guerra y de la victoria, los mismos italianos que quisieran ver expulsados a los extranjeros que en esta empresa hubieran puesto su esfuerzo, que hubieran empuñado las armas y combatido a pie firme, una vez que Italia estuviese desalojada de extranjeros, esos xenófobos de italianos al día siguiente no tendrían más

remedio que pasar los Alpes y llamar algún español o francés que les gobernase.

MINOS

¿Es que no sabrían gobernarse a sí mismos?

TIRESIAS

Sabrían; sí, sabrían gobernarse a sí mismos y a los otros. Tienen ingenio, tienen consejo, prudencia, práctica y experiencia de la vida y ni en fuerza ni en armas van a la zaga de nadie; pero el espíritu de facción les ha partido en mil pedazos y se acosan unos a los otros con odios increíbles. Esta discordia arruinó y arrancó de cuajo ciudades e imperios establecidos muy sólidamente. Así es que mientras se les dé ocasión de desfogar su saña, aceptarían cualquier hombre. Prefieren ser esclavos de un español, de un francés, de un alemán, que prestar acatamiento a un conciudadano suyo. Sabiamente cantó uno de sus poetas:

*Así es; hados acerbos se encarnizan en los romanos
y la maldad del fratricidio desde los días en que, fatal
a sus descendientes, la inocente sangre de Remo se de-
rramó sobre la tierra. (Horacio, epod. VII.)*

MINOS

Es menester que sea Italia el fácil incentivo de todas las codicias y la que, como de Helena se dice, har-to merece que tantas naciones vengan a las manos en sañuda guerra.

POLIPRAGMÓN

Es una región de suma amcnidad y de suelo ubérrimo, harto poblada, con muchas villas y ciudades, tal como la describió Virgilio. Pienso que habrás leído al poeta Virgilio, aun cuando sea latino. Pero Italia sólo rinde utilidad a quienes le poseen en paz y sin litigio alguno, como Sicilia en otros tiempos fué poseída por los reyes de Aragón, porque a los otros no solamente las rentas anuales no les bastaban para el mantenimiento de las tropas, sino que han de poner mucho de lo suyo. Yo oí decir a quienes se creían estar perfectamente enterados que el fisco del rey Don Fernando jamás percibió ingreso alguno de sus dominios de Nápoles; al contrario, que acostumbraba enviar allá, para sostener los gastos militares, parte de las rentas de Castilla. Séate ello demostración que desde el punto y hora que Francia y España intervinieron en los negocios de Italia están agotadas y en situación de bancarrota. Italia no se empobreció en un céntimo, si no fué por las devastaciones que produjo la furia militar.

MINOS

Pero dime, Tiresias, qué remedio piensas que debe aplicarse a tamaños males.

TIRESIAS

¿De qué sirven las consultas si ellos no han de llevar a la práctica los buenos consejos? Tan obcecados

andan cada cual, arrebatados por su pasión, que es el peor de los consejeros.

No sé qué pueda esperarse, oh Minos, en discordia tan brava y encarnizada, en la cual cada uno, descuidado de sí, quisiera el aniquilamiento del vecino. Piensa cada uno que no solamente estará seguro e incólume, sino también engrandecido y enriquecido si a su vecino le va lo más malamente posible. Si arde la casa del vecino, la casa contigua no es la más segura, precisamente. Vecino pésimo tendrá quien tuviere la vecindad del turco. Lobos prefiriera yo o la cercanía de una laguna pestilente.

POLIPRAGMÓN

Allá arriba circula el rumor que parece autorizado según el cual el turco fué introducido en Hungría por quienes menos debían y de quienes nadie lo hubiera temido jamás.

TIRESIAS

Yo tengo mis temores que no se hayan acarreado una mala y muy crecida peste ellos y todos los que no se opusieren a su avance con todas sus fuerzas.

MINOS

Pero, ¿qué suerte de alianza pudo cuajar entre ellos? ¿Por qué divinidades juraron si la religión y el culto divino les distancia tanto? ¿Quién dió seguridades al turco en nombre de la Cristiandad de que una vez entrado en Hungría no se unirían todos contra él, y con

las armas en el puño correrían a su destrucción como a la extinción de un incendio?

TIRESIAS

No era menester ningún juramento. El provecho inmediato y tangible vale por la más estrecha alianza y es el vínculo de la coalición. Las profundas e irreconciliables divergencias entre los cristianos son para el turco suficiente garantía de total seguridad. ¿Por qué, con mejor acuerdo, no preguntas tú qué garantía les dió el turco de que no irá a invadir a aquellos que le llamaron a Europa? Esto debieron ellos precaver, principalmente por haber ellos dado no pocos antecedentes contra aquellos mismos que alcevemente les entregaron pueblos y ciudades.

MINOS

Forzosamente tienen que profesarse un odio capital los que no acaban nunca de poner a la guerra ni término ni moderación. No hay pacto suficientemente jurado ni ratificado ni que tenga firmeza alguna; no hay paz valedera ni tregua posible; todo lo hecho está por hacer; lo que parece estar consolidado se tambalea y amenaza ruina.

TIRESIAS

Peor es si consideras el modo con que se hacen guerra, no con espada ni lanza, ni ballesta de forma que una herida cuando es mortal mata a un solo hombre. Han hallado un arma nueva cuyo estampido produce estruen-

do mayor que Júpiter cuando truena; uno solo de sus disparos derriba hombres, de veinte en veinte, de cuarenta en cuarenta, de cien en cien.

ESCIPIÓN

¡Dioses inmortales! ¿Qué rabia es ésta? ¿No hay ya honor para los héroes?

TIRESIAS

A los héroes quien les hace es la casualidad si sobreviven a muchas batallas; no su animoso pecho ni su fortaleza física.

ESCIPIÓN

Recuerdo haber oído decir allá en Grecia que un cierto lacedemonio, hombre de armas tomar, habiendo visto un escorpión, máquina guerrera para lanzar piedras, recién traído de Sicilia, exclamó: *Está hecho del valor del hombre*. ¿Qué iba a exclamar ahora si viera las bombardas?

TIRESIAS

¿Qué iba a exclamar? *Está hecho del sentimiento de humanidad*, pues que de hombres degeneraron en bestias bravas. Y es de saber que los cristianos en ninguna guerra se apresuran tanto a utilizar este invento infernal como para la destrucción de cristianos. Los turcos apelaron a este recurso de mala gana y por fuerza,

no fuese que los cristianos les vencieran fácilmente si ellos no tenían tales armas en sus campamentos.

ESCIPIÓN

Yo no acabo de maravillarme de que se profesen tan corajuda animosidad, y que bajo la inminente amenaza del enemigo exterior no se aúnen y apiñen para la defensa de la salud común, como hacen los perros a la vista del lobo o de cualquier otra fiera. Esta solidaridad es lo que siempre vi y leí y oí que acostumbraba formarse en cada ciudad amenazada. De ahí nació aquel *Sincretismo*, vocablo griego que fué muy recibido y celebrado. Muchos son los ejemplos que tenemos en nuestra ciudad y muchos en Grecia; y aun esos casos recientes registrados en España que Polipragmón nos refirió de aquellas colectividades y de aquellos individuos que deponían temporalmente sus antagonismos bajo la presión de un miedo externo, desvanecido el cual reincidían en sus diferencias anteriores. No en balde se dice que la desgracia une a los hombres y que no hay amigos más verdaderos que los que tienen un enemigo común.

TIRESIAS

Usan de esta treta, pero contra el cristiano. Mas, para concertar la paz entre sí contra el enemigo de la Religión y de Cristo, no hay razón suficientemente eficaz y válida: no la consideración debida a un príncipe cristiano que por ventura sea su consanguíneo, puesto que casi todos los príncipes están unidos entre sí por consanguinidades o por afinidades; prefieren ver su dominio bajo el turco a verlo bajo el pariente; más qui-

sieran la propia ocupación por el turco que por el cristiano, lo que inevitablemente sucederá si siguen por ese camino. ¡Cuánta locura! Con un cristiano siempre habrá ocasión de tratar mediante legaciones, conferencias, amigos comunes, ruegos, súplicas. Del turco no van a alcanzar cosa equitativa y buena. Ninguna impresión les hace la Religión, el respeto de los pueblos o el de Dios. ¿No vivirán mejor los pueblos bajo un príncipe cristiano que bajo el turco? ¡Cómo va a enfriarse la piedad bajo un rey, enemigo declarado de la piedad! Asistí un día, en los Campos Elíscos, a una asamblea en la que Lucano contaba muchas cosas a unos camaradas suyos de la guerra civil pompeyana. ¡Cómo se veía que conocía al dedillo la historia de aquellos tiempos! Decía, entre otras cosas, que un tal Léntulo, varón de gran espíritu de aquella vieja nobleza romana, después de la batalla Farsálica, en que el poderío de Pompeyo fué arrollado por César, había dicho: *Este es el único consuelo que le queda a la ciudad de Roma tras las grandes calamidades de esta guerra: el de servir a un ciudadano suyo, a saber, Julio César*. Así también para Europa, mientras no le amenaza peligro alguno de la parte del turco, su consuelo será que, venza quien venciere, será cristiano. Pero si quien vence es el turco, ¿qué alivio le queda, o qué esperanza de bien para lo venidero? Esto es lo que esperan, alegres y confiados. Se desentienden del enemigo común y se enzarzan en luchas recíprocas. Grande es mi recelo de que en Italia, en la actualidad lo que exclusivamente se debate es *de quiénes tomará a Italia el Turco, de las huestes del César o de la Liga Santa*. Cada uno piensa que el salvo será él, pero a solas. Como si el turco, luego de haber vencido a los otros, fuera a consentir que reinase aquél solo, y

no bajo sus órdenes. En balde aviso y vocífero. Este incendio, invadiendo poco a poco lo que le está cerca, llegará a cebarse en lo que está lejos. Pero los hombres de allá arriba tienen otras atenciones y no oyen lo que les gritamos desde estas mansiones soterrañas.

BASILIO

¿Puedo decir, Minos, unas pocas palabras?

MINOS

Dílas, si son cuerdas.

BASILIO

Son dictadas por la misma cordura y la prudencia misma. No entiendes, Tiresias, que si un príncipe o un pueblo se alían con el turco, que a este príncipe se le darán las más sólidas garantías juradas de que *los intereses de los amigos van a quedar en salvo?*

TIRESIAS

Mucha es la autoridad que das a un juramento ajeno, tú que soliste darla tan menguada al tuyo. Yo querría que de ti mismo tomases conjetura de los otros.

BASILIO

Con tu venia, Tiresias, sea dicho: das a entender que tú, aun cuando dejes que se diga que reinaste en Tebas,

jamás saliste de las cabañas ni viste los palacios de los reyes si a mí me equiparas a los príncipes.

TIRESIAS

¿Es que por ventura no estás tan obligado tú a hacer lo que juraste como los príncipes mismos? Pero puesto caso que tú te conceptúas hombre y a ellos dioses, o a ellos hombres y a ti bestia, dime, por favor: ¿qué paz, qué alianza, qué fe dada en público o en privado, en ese tiempo que corremos, fué acertada y firme? Si el cristiano no observa lo que juró al cristiano, ¿observará el turco lo que al cristiano prometió? Si ya no es que crees que el turco practica más religiosamente los sueños de Mahoma que vosotros la santa religión de Dios verdadero e inmortal, especialmente sabiendo vosotros como sabéis ser una cosa nefanda romper la fe jurada, mientras que él, al revés, cree que le está permitido engañaros, dañar y aun suprimir a los enemigos de su religión y que así se la imponen sus libros sagrados. Y no son pocos, a la verdad, los casos ocurridos en Constantinopla, Trebizonda, Hungría, Eubea que demuestran que no les importa un bledo la fe, el juramento, su dios, la misericordia, la humanidad.

MINOS

Muy vivo es, Basilio, el deseo que tengo de oír de boca tuya cuál es, en definitiva, la causa que empuja a los príncipes cristianos a guerras tan continuas y tan fieras.

LORENZO RIBER

BASILIO

Son muchas y graves.

TIRESIAS

Yo no las veo.

BASILIO

No es raro, porque eres ciego.

TIRESIAS

No obstante, ahora ves que tengo más ojos que tú.

BASILIO

Aquí tú eres un lince; y eres orejudo, y encima eres lenguaraz; mas de lo de arriba no se te alcanza cosa.

TIRESIAS

Y tú lo veías de tal modo que nunca parabas en ello mientes.

BASILIO

Repara, Tiresias, que no quiero que pienses que fué dicho sin enojo que tú te permites donaires villanescos sobre las guerras de los príncipes y te burlas de cosas extraordinariamente serias.

TIRESIAS

Muy al revés, Basilio. Yo pienso que todos los príncipes merecen respeto y que hay que prestarlos obediencia, sean cuales fueren, y que a los príncipes buenos se les debe acatamiento y ayuda decidida. Pero, ¿qué piensas que he de hacer, oh Basilio, espejo de la corte-sía y el más lisonjero de los cortesanos, calificativo que no te desplace? ¿Pretendes que yo oiga con seriedad simplezas pueriles, que admire necedades y locuras y que apruebe crueldades? ¿Qué es eso de enojarte con un hombre? Es una desacostumbrada novedad en ti, que aun para aquellos a quienes odiabas eras blando. Que tienes estómago, no lo puedo negar, pues en gracia suya cometiste indignidades y las sufriste y las dijiste y las oíste. Pero saca, al fin, de este tu doctrinal del perfecto cortesano las recónditas y admirables razones y causas de la beligerancia principesca.

BASILIO

Primera razón: la de evitar el ocio. Dime, por favor: ¿Qué va a hacer un príncipe muchacho con una nobleza moza? ¿Jugarán a los dados, se estarán en casa, quietecitos, beberán, bailarán, folgarán con mujeres? ¿Es esa la cortesanía que quieren que practiquen los príncipes jóvenes? Precisamente por no practicarla buscan el más hermoso de los derivados: la guerra.

TIRESIAS

Habéis oído una razón *médica*. Como si no hubiera una tercera cosa y no hubiese más opción que ese dile-

ma: o hacer aquello o hacer la guerra. ¿Por qué no toman parte en los consejos? ¿Por qué no oyen a las personas prudentes? ¿Por qué no practican los preceptos de la sabiduría? ¿Por qué no piensan en los medios de gobernar pacífica y felizmente las ciudades y los reinos cuya tutela asumieron? De la guerra nacen las matanzas, las rapiñas, los incendios, y por la impunidad que les escuda originanse las maldades todas. En la paz, en cambio, florecen y cobran pujanza todas las artes buenas. Esta es la misión de los príncipes; ésta la de la nobleza, útil a los pueblos y a las naciones y agradable a Dios. Esto es lo que yo sé, pagano que soy; ¿y tú lo ignoras, cristiano?

MINOS

Ahora ya no me admiro de que los haya entre vosotros que no abominen del turco, puesto que siendo cristianos de nombre, en espíritu y en pensamiento estáis tan alejados de Cristo que no os avergonzáis de decir tales cosas dictadas por la desatinada pasión, y aun delante de mi tribunal. Aguarda el término del coloquio y verás cuánta importancia tiene este doctrinal cristiano y cuánto convino ajustar a él la vida.

TIRESIAS

No es nada, Minos; lo mío es aldeano; lo de éste es cortesano y rociado de sal fina.

BASILIO

Con tu venia, Minos, digo que Cristo no quita que los príncipes sean príncipes y los nobles, nobles.

TIRESIAS

Quiere Cristo, en verdad, que el príncipe sea príncipe, pero no hombre malo; que los nobles sean nobles, pero no impíos como tú que tal palabra proferiste.

BASILIO

Oírás, Minos, mi defensa que Tiresias no podrá refutar, inspirada no por mi demencia, como tú quieres, sino de determinados ancianos que los príncipes tienen en sus consejos y a quienes respetan sumamente por la autoridad de su sabiduría: con la guerra se gana gloria y no solamente conserva sino que aun ensancha las fronteras del imperio. A los príncipes se les inculca que se miren en el espejo de sus mayores; cuánta fué su nombradía; y qué gloria impercedera se granjearon los que dejaron su dominio más acrecido de lo que lo recibieran y cuán innobles y ruines fueron los que lo dejaron más achicado. En confirmación y estímulo se les repiten los grandes nombres consagrados por la antigüedad, los Alejandro, los Julio, los Pompeyo y el tuyo también, Escipión, que entre otros eres también nombrado; y si tuviere algún derecho, tanto mayor debe ser el esfuerzo que ponga en recuperar lo suyo. ¿Tienes, Tiresias, alguna cavilación que oponer a esas recias verdades?

TIRESIAS

He de oponerte que se lee en los libros sagrados: *De los ancianos salió la iniquidad.* Aun cuando yo no

creo que todos los ancianos aconsejen de la misma manera, sino solamente aquellos a quien la guerra reporta lucro o aquellos otros de quienes se dice con razón que son dos veces niños. Todos éstos, tus Alejandro, tus Julio, tus Filipo y tus Pompeyo son unos bravos ladrones; verdad ésta que los gentiles ni ignoramos ni callamos. ¡Cuánto más cuerdo no fuera pensar en el medio de administrar bien lo adquirido que en hacer aparejos para procurarse lo nuevo. Dicese que César Augusto, leyendo las proezas de Alejandro Magno en Oriente, maravillado exclamó que no consultó Alejandro consigo mismo la manera de conservar y administrar sus conquistas, sino sólo la razón y el modo de acrecentarlas con otras nuevas. Escipión, sobrino de ese otro Escipión, siendo censor no quiso en un himno litúrgico, como era de rito, elevar al cielo esta plegaria: *Aumentad, oh dioses, la república; sino: Conservadla. Harto grande la tenemos, dijo, si la conservamos tal cual es.*

Y allende de esto: ¿qué gloria es aumentada con tanto estrago? Con harta frecuencia, a un mozo tan ayuno en el arte de gobernar que no regiría a satisfacción una casa mediana, no le basta un reino y se esfuerza por añadirle otro, no por administrarlo, sino por poseerlo, cuando debería ceder a otros parte del suyo, si tuviera un poco de seso para comprender qué pesadumbre es la que sostiene en sus flacos hombros. Todos estos derechos antiguos, ¿qué otra cosa son sino raíces vivaces de donde retoñan otras guerras, si la raíz central no muere ahogada en el olvido? ¡Oh cuán caro les cuesta a los reyes y a los pueblos! Dos reinos, a fe mía, de la extensión de aquel que se apetece con las armas en la mano, pudieran comprarse con los gastos que su conquista ocasiona. Prescindiendo de las pérdidas hu-

manas sufridas en el ruinoso empeño, ¡cuántas ciudades destruídas, cuántos y cuán ópinos campos asolados! Si tú no te negares a reinar a expensas de tantas tribulaciones, y no discuto la vanidad de unos derechos que se fundan no sé en qué títulos caducados.

ESCIPIÓN

¡Oh si volviesen ahora a la vida aquellos romanos y reclamasen para sí la redondez del orbe desde Gades hasta los ríos Eúfrates y Tigris, *per facialem et patrem patratum!*

BASILIO

Es distinto el caso vuestro, que lo que ganasteis con las armas en la mano lo perdisteis con las armas en la mano.

MINOS

Ya nos abrumba la grandiosa multitud que espera. Di, Tiresias, por favor, en pocas palabras finales: ¿Qué remedio piensas que puede oponerse a tamaños males? Acaso cuidaremos que Mercurio traiga ese mensaje tuyo allá arriba.

TIRESIAS

No creo yo que haya lugar para consejos; las pasiones más enconadas y atroces se apoderaron de todos y no dan entrada a los consejos; pero diré mi parecer, muy brevemente, como me pides. El primero de todos:

las únicas armas de los cristianos, su defensa única, pero ella fortísima e inexpugnable, es la tutela de Cristo en quien creen y a quien invocan; si les toma bajo su amparo, son invencibles, son inviolables y no podrán recibir daño de nación alguna; si no les admite, ¿qué otra cosa van a ser sino una presa lastimosa? Pero les admitirá, siempre que ellos quieran, pues es encontradizo y obvio a los que vuelven a El; abran los ojos y vean cuán gran caudillo tienen y cuán invencible; retornen a El, en El pongan sus miradas más atentas y no contentándose con sólo el nombre de cristianos, en la realidad y en las obras correspondan a tan gloriosa denominación; pidan a Cristo, supliquen a Cristo paz y perdón; y luego, cosa que es la única que le place y que es el principal de sus mandamientos todos, dejando las guerras, los odios, las rivalidades, las rencillas, las discordias, se profesen mutua bienquerencia y amor recíproco; no confíen en su fuerza y en sus armas, sino en sólo Cristo.

Y por lo que toca a la diligencia y a la cooperación humana, con no demasiado desabrimiento curaríase la herida causada si aquellos *dos jóvenes* (Carlos V y Francisco I), contentándose con los muy dilatados imperios que poseen, pudiesen avenirse a vivir entre sí en buena paz y concordia; o, por lo menos, si les viniere en gana de aumentar su reino respectivo, atacasen con mejor tino al enemigo tan ajeno y hostil a su religión, que no al vecino unido a él por la sangre y por la creencia y participación en los mismos sacramentos cristianos. No creo yo que *aquel tercero* (Enrique VIII) fuese estorbo para que su concordia fuese estable, puesto que, un poco demasiado tarde sin duda, envió, a través de tanta interposición de tierras y de mares, con ánimo bueno y piadoso, socorro a la Hungría mediante un

legado suyo. Hizo lo que pudo; y estando lo más lejos posible del hervor y ruido de esos tumultos, en una isla separada del orbe, con todo, pensó que se debatía algún interés suyo en esa guerra, en la cual, si bien en regiones remotas y muy apartadas, pero con todo del dominio de un príncipe cristiano, se luchaba contra Mahoma.

Tienen los cristianos todavía la más recia parte de Europa, Alemania. Dejen de hacer armas contra sí; si no están perdidos; fortifiquen, sí fortifiquen Alemania con castillos, con murallas; pero primeramente con la unanimidad de su población, que será inexpugnable si esta unanimidad existe; trabajen en común para que el turco no se apodere de Alemania. Si así no es, no queda ya esperanza de que todo el Occidente no caiga en su poder y de que no emigren al nuevo mundo en grandes flotas los que no quieren vivir bajo su dominio. Y ni aun allí va a dejarles tranquilos aquel tirano picado del tábano de la codicia y de la ambición. ¿Qué reducto queda que se le pueda oponer si se apoya firmemente en Alemania? Cualquier otro obstáculo es un castillo de naipes. Es una pena tener que decir que sólo es flaqueza lo que pueda enfrentarse contra el dueño de Alemania y de tantas razas y de tantos reinos. Cierto que Europa es la más fuerte, pero ¿de qué serviría ello si el turco poseyese la mejor porción de Europa? Y no esperen que el turco ceje ni que se contente con lo que adquirió y que va a desaprovechar la fácil coyuntura que le ofrecen las discordias de los cristianos, puesto que al marcharse de Hungría amenazó a aquellas tierras y aquellas gentes con su vuelta la primavera próxima.

Hagan, pues, cuanto antes liga en la paz y delibe-

ren entre sí acerca de la común salvación, no sea que mientras siguen combatiéndose con encarnizada porfía, al vencedor cansado, quebrantado y vencido se lo coma el común enemigo nuevo, entero, fresco, vigoroso. Nada de eso es de temer si cuaja entre los cristianos una firme y sólida concordia, sin la cual no pueden salvarse ni evitar la derrota. Todo esto que dije merezca la aprobación de Cristo, ya que El solo puede más que el mundo todo, que así como defenderá a los suyos por buenos, desamparará a los malos, a los que no son suyos, y ninguna cosa será más flaca que los que El desamparare, como ninguna más fuerte que los que El acogiere bajo su cuidado y su tutela.

MINOS

¿Piensas, Tiresias, por ventura, que van a hacerlo así y que van a escuchar tales consejos, o, más exactamente, tales vaticinios?

TIRESIAS

Acaso, sí; acaso, no.

MINOS

Esta disyuntiva es lo más seguro. Así nunca mentirás.

TIRESIAS

No sé profetizar de otro modo; pero lo que sí te confirmo que *si no lo hicieren, vendrá tiempo* ¡ojalá no pronto! *en que querrían haberlo hecho*, ¡ojalá no tarde!

Brujas, 1526. Mes de octubre.